

ALTERIDADES Y EXTRAÑEZAS. ESCRITURA Y LENGUA*
CECILIA SÁNCHEZ

1. Escritura y extrañeza/

Toda forma de escritura debe su despliegue a la convocación de entidades “extrañas” cuya presencia/ausencia posibilita el entramado del texto. La impredecible sabiduría de la “manía”, suerte de entusiasmo o delirio, es un remezón que disocia al escritor de su escrito sin dejarle saber su secreto. Una de esas “extrañas” y tal vez la más solicitada es la milenaria “musa femenina”. Su energía diferencial se asocia al acto creativo entendido como don. El escritor es solamente el receptor de una sacudida incomprensible que ella le regala y que él devuelve como eco.

En el espacio social, la mujer ha sido tratada como un reflejo de la musa. Ubicada en el misterioso mundo de la “otredad”; es una extranjera. Ambas comparten las claves del extraño saber que proviene del así llamado “eterno femenino”, del “alma negra”; aquélla que Simone de Beauvoir interpreta como una proyección de la conciencia masculina para relacionarse con lo que parece oponérsele.

Algunos textos masculinos han reconocido en su pluma o tecla la participación de la otredad de género como condición de su escritura. Un ejemplo cercano es el libro de Patricio Marchant, *Arboles y madres*, quien reconoce en la economía del “préstamo” de nombres femeninos una de las condiciones de su escritura. En esta economía, la palabra no está disponible para un simple uso comunicativo; ella es recibida para formar parte de un intercambio, pues el nombre se invoca para suplir una falta de palabra.

Otro ejemplo de participación de energía femenina es reconocible en ciertos pasajes de la reflexión de Nietzsche. Es conocida la presencia de Ariadna en algunos de sus textos. La energía mediadora de este personaje permite cumplir con el encargo de desplazar los hilos desde el resentimiento a la afirmación. Tales conceptos, como se sabe, han sido encarnados por los míticos Teseo y Dionisos. Bien se sabe que la filosofía tradicional y aún la actual desata sus hilos en una misógina comunidad de varones, ya que “explicar” (*enodire* en latín) significa liso, fácil, sin nudos. Por lo mismo, una operación como ésta necesita de guerreros capaces de deshacer(se) de cualquier reserva. En sus relaciones competitivas, sin embargo, no se bastan a sí mismos. Nietzsche, al menos, requiere de la intervención de Ariadna, quien actúa en calidad de guía de Dionisos para despotenciar el poder de Teseo. Salvando la distancia existente entre los dos ejemplos ofrecidos (me refiero al de Marchant y el de Nietzsche) me interesa subrayar que en ambos estilos es perceptible una escritura dualizada que alcanza a descentrarse y hace vacilar la subjetividad unilateral de quien escribe. Un tercer ejemplo es el texto *La pasión según GH*, escrito por la brasileña originaria

* Este escrito fue leído en el Encuentro Sudamericano titulado “Escrituralteridad”, realizado en Sal si pue-des, Argentina, mayo, 2002.

de Ucrania, Clarice Lispector. Su clave y trato con la alteridad ya no es de género, forma parte -como se verá más adelante- de la extrañeza de una aparición que la intercepta y la impacta en la lengua.

No obstante haberse beneficiado con la visita de la manía y de las generosas musas, la escritura ha intentado desprenderse de esas poderosas fuerzas invasoras. Para conjurar el descontrol que la ha posibilitado ha recurrido a diferentes estrategias jerarquizantes y purificadoras. Uno de esos mecanismos establece la concordancia de la escritura con el modelo dualizado del cuerpo orgánico. La unidad de lo "animado" responde a una jerarquía inscrita en la dicotomía cuerpo/alma. En dicha oposición, "lo otro" es el elemento corpóreo sometido a la decrepitud de la muerte. La pasividad del cuerpo material se redime de su prosaico destino si se subordina a una "forma" que al contenerlo lo eterniza y lo pone en movimiento. El "estilo" ha sido el corsé disciplinador que institucionaliza y devuelve como "cultura" la experiencia de la marca en fuga que es la escritura. El estilo estamental suscrito al "alma" ha sido validado políticamente por Platón y Aristóteles como *logos*. Su poder de acción depende del dominio alcanzado por el "alma" sobre las caóticas demandas del cuerpo. De tal modelo se deriva, por extrapolación, los muy antiguos y dispares espacios públicos y privados.

Más que someter al cuerpo, la modernidad desea controlarlo mediante las operaciones de una conciencia incondicionada. Para eludirlo, necesita desconfiar de cualquier atisbo de otredad. Es así que la conciencia intenta precaverse de los errores transmitidos desde el exterior por equívocas sensaciones corpóreas, pero también necesita defenderse de los sueños y delirios que la habitan de modo innato. Es el caso del geniecillo engañador de Descartes que pone a prueba a la conciencia cuando le cambia los límites entre ficción, delirio y realidad y le deja como opción de relación consigo misma la reconversión del cuerpo en la abstracta categoría de la extensión. Del mismo modo, la alterante locura es refrenada cuando la razón razona razonablemente, por así decirlo, mediante la incertidumbre y puede saber que es sujeto que piensa y por esta vía fijar las endebles fronteras de la razón.

En plena modernidad industrial Freud nos hace saber que nuestro psiquismo hospeda al extraño y que el "sí mismo" que nos resultaba tan familiar e íntimo es una construcción fraudulenta que contiene a un "otro" de modo inmanente. La angustia, el doble, la repetición, la ajenidad de un elemento nos hacen saber de esa "infiltración" que no tiene que ver con una temporalidad cronológica. *La metamorfosis* de Kafka es elocuente en este último sentido. Nunca llegaremos a enterarnos del momento en que el extraño llega y por qué despedaza nuestra autonomía.

El pensamiento de la existencia acepta el descentramiento a priori del "ser en el mundo" que se acompaña por la angustia ante la indeterminación. *La náusea*, novela filosófica -como se ha dado en llamar- escrita por Sartre el año 1938, pone en escena el sinsentido de una libertad incontenible que revierte sin piedad la verosimilitud de lo real.

En ella se narran los modos de disolución de la conciencia de un individuo. Al inicio del libro se citan algunos pasajes del diario de vida del personaje a modo de aproximación a la sensación que él denomina una “ligera crisis de locura”. Esta situación acontece cuando se mira al espejo y los ojos, la nariz y la boca desaparecen y ve su rostro en ese agujero en la pared que es el espejo con la extrañeza de un mundo lunar. La mano de otra persona en la suya es como un “grueso gusano blanco” y el intento de ponerse a pensar se le escapa al no poder reunir las palabras. Tales modos de disolución aumentan el poder de la otredad. Pero ésta no viene desde fuera, se encuentra en él pues depende del aspecto vacío e irremediabilmente abierto de la libertad que es constitutiva de todo individuo.

Hasta el momento he abusado de la indistinción entre "alius" (extraño) y "alter"(el otro entre dos) que el latín vulgar permite. Seguiré abusando de esta ambigüedad de la que el castellano ya se apropió y que me permite asimilar la extrañeza en la alteridad y hacerlas convivir en sus desplazamientos.

2.Lengua y extrañeza/

En Indo- Hispano- Latino- América estamos relacionados con la extrañeza en el elemento de la lengua y en ella fundamos nuestra subjetividad. Dicho momento se inaugura con el descubrimiento del "Nuevo Mundo", nombre inicial que Américo Vespucio elige para subrayar que el inesperado hallazgo proporciona un aditivo alterno al antiguo y unitario *orbis terrarum* de esencia cristiana. De modo hipotético ya circulaban versiones de *orbis alterius* concebidos por paganos que afirmaban la pluralidad de mundos¹.

La confrontación con dicha alteridad combinó, según ya sabemos, violencia y violación. La Malinche encarna a la intérprete-amante que simboliza y da inicio a un tipo de mestizaje lingüístico, entre otros, que es diferente al proceso que da lugar a las lenguas romances europeas². Violada más que amada, a juzgar por su historia, la Malinche (rebautizada de Doña Marina) es mal hablada, mal dicha (“mal dita”). Ella se “abre” al conquistador, se “raja”, según la denominación mexicana. El conquistador, por su parte, le introduce su lengua, a la par que ella le traspasa algunos secretos de la suya³.

¹ Respecto del nombre “Mundus Novus” o pluralidad de mundos, ver de Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, Fondo de Cultura Económica, 1992, pág.123-125.

² La aparición de las lenguas nacionales tiene en Europa el antecedente del descontrol. El latín se vulgariza en las provincias y su mestizaje se vuelve romance hasta fijarse en la literatura y legitimarse políticamente de modo regional y luego con las monarquías nacionales en la diversidad que conocemos.

³ Octavio Paz elabora el término popular “rajarse” como un sinónimo del “abrirse” de las mujeres, quienes aparecen en México como seres inferiores debido al momento de su entrega sexual. Por extrapolación de la conducta femenina, el que se “abre” se ha dejado penetrar y pasa a ser juzgado de traidor y cobarde. *El laberinto de la soledad*, Fondo de cultura económico, México, 1987, pág.27.

Desde ese momento hablamos y somos hablado(a)s por más de una lengua, adscritos a más de una filiación, sin llegar a saberlo del todo. Tras el decreto de Carlos II en 1688, quien cursa la prohibición del uso de las lenguas nativas en sus colonias, el castellano se vuelve vigilante y castigador con las lenguas que no se reconocen como portadoras del verbo divino. La proscripción de las lenguas nativas y de la oralidad popular por parte de las gramáticas oficializadas puso en su lugar un abundante lenguaje que despilfarraron barrocamente los que usufructuaron de él y que, al igual que las monedas, se desgastó (así advierte Rosario Castellano en *Mujer que habla latín*, pág.174).

Simón Rodríguez, maestro del célebre Bolívar, es uno de los pocos pensadores de las incipientes repúblicas de la América hispánica que reconoce este olvido. Rodríguez advierte que no hablamos bien ni el castellano ni las lenguas nativas y que las palabras están medio muertas por lo que cabe resucitarlas para devolverlas a la vida del habla y de la escritura. De las palabras, dice, hay tantas y tan asquerosas que puede verse el vocabulario español como un barco de las costas del Perú en el que abundan “cucarachas” alborotadas que salen de sus nichos sin que se sepa el motivo de su aparición (pág.285 Tomo II, Colección de libros y revista Bohemia).

Esta es una de las ironías de Rodríguez en contra de la abundancia de palabras y de sinónimos que son característicos del idioma castellano. La “suciedad” que él identifica en el castellano es medida desde la economía racionalista que le proporciona su inscripción en las doctrinas ideológicas de inspiración sensualista. Una crítica semejante elabora el cubano Félix Varela en contra del latín en el período colonial (“El idioma latino considerado ideológicamente”, en *Miscelanea*). Desde el punto de vista de la belleza y la sensibilidad, el latín acentúa el “hipérbaton” que invierte el orden de las palabras y recurre a palabras superfluas para hermostearse. En el castellano opera una confusión semejante que obliga al entendimiento a “traducir” las palabras para ponerlas en su lugar. Según Varela, se debe recombinar el orden para encontrarse con el significado. La extrañeza reside, en este caso, en un trastorno o contorsión de la estructura de la oración. El “mal orden” puramente decorativo es expulsado por la traducción que, atendida a las reglas del entendimiento, puede recuperar el ordenamiento primigenio de la idea en función de su significado.

Otro de los americanos extrañados es José Martí. Ubicado en el lugar del extranjero, pues es el destierro sin residencia y sin las garantías de la filiación el que moviliza su escritura y lo empuja a al mundo exótico de los sueños y al juego irracional de los niños. El *Ismaelillo* tiene el sugerente nombre del bíblico Ismael desterrado al desierto. Desde el doble código del exilio simbólico y en el de su propia experiencia en Nueva York (entre otras ciudades), alude a la fragmentación e intranquilidad de la modernidad en la que insiste cuando escribe el Prólogo al poema del Niágara de Perez Bonalde. La modernidad altera la fijeza de las formas, desmembra la mente y desflora las ideas grandiosas, alejando

a las palabras de su origen. En sus *Versos sencillos* retoma las palabras que parecían devaluadas por el excesivo uso mercantil y utilitario e intenta recuperar su enigma.

Del mismo modo, en su curioso escrito "El castellano en América" (*Obras escogidas*, Tomo II, Editorial de ciencias sociales, La Habana, 1992, pág.279), Martí invoca la estética del vestuario para juzgar otras formas innobles de usar la lengua, especialmente aquéllas equivalentes a las ropas "de maniquí" o aquel tipo de confección en "molde" puramente repetitivo. Se alude, así, para condenarlos, a modelos externos que afectan la autonomía de una entidad supranacional como es América. Ningún pretexto es aceptable cuando resulta perjudicial para los modos precisos y el estilo requerido para reforzar los apareceres de las palabras: ni el "entretelado" de la "cebolla" ni la "libertad" del traje del "payaso" característico por sus "remiendos".

En los tres casos mencionados, el castellano aparece abultado y sucio en tanto lengua recepcionada desde la textualidad del colonizador y debido a una circulación desbordada del poder. Una situación semejante vive el inglés de hoy en su condición de lengua mundializada por la circulación del mercado. La "viveza" a la que aspira Rodríguez, la "economía" de Rosario Castellanos y el "estilo" mencionado por Martí suponen un reencuentro con lenguajes que memorizan sus deudas. Las palabras serían "resucitables" en la medida en que puedan romper su inercia mortuoria. Martí también busca recuperar la palabra desechada, la "perla triste" de la que habla en *Versos sencillos*, aún sabiendo que ya es cadáver. Aquélla se refugió en el "mar" tras ser abandonada. Entiéndase que el mar es aquí un recinto equivalente a un basurero.

La alusión a las cucarachas por parte de Rodríguez, como metáfora de lo inservible y asqueroso, de lo tumultuoso, al igual que la "perla triste" de Martí; me hacen recordar el extraño escrito de Clarice Lispector mencionado más arriba. Su trama se despliega en el angustiado monólogo de una mujer ante la presencia amenazante de una oscura y repugnante cucaracha que se vuelve visible en el lugar del amontonamiento de trastos inservibles. Esa mancha negra, un signo de sustitución de la criada, invade la escena. Es un habitante primigenio a la vez que una extraña entidad muda cuyo destino siempre pasa inadvertido. De este modo, Lispector se ocupa de esa oscura e incomprensible presencia, revirtiendo la percepción de un modo de vivir domesticado y familiar por uno extraviado e intraducible.

Fuera de su escondrijo, la cucaracha asusta y obliga a cambiar de lenguaje. El barco peruano poblado de cucarachas del que habla Rodríguez es una metáfora del castellano que también puede asimilarse a la economía pródiga y oscura del habla popular. En esos "huecos barrios vacíos", así nombra Borges al arrabal en *El lenguaje de Buenos Aires*, se esconde un vocabulario forajido y receloso, carcelario y de conventillo. La lengua de la fechoría y la del diccionario mantienen, pese a todo, una inevitable convivencia de extrañeza y de reconocimiento. Viven del contraste, ajustan sus cuentas, huelen sus

ambientes, se desconocen y se invaden. Se prestan cicatrices que albergan nuevas cucarachas, es decir palabras.

El habla de la palabra alterada, habitada por más de una lengua y escrita por más de una mano, ritualiza el regreso del elemento excluido cuyo retorno es gráfico; no dice por presencia sino que “brilla por su ausencia” (según el refrán). Desde el punto de vista de Rodríguez, cada palabra escrita es un “epitafio” que mantiene cautivo el espíritu de “una difunta”. Ese cuerpo cadavérico es para él una idea única: (así lo hace saber en *Sociedades americanas* (p.273).

Más allá de la predilección de Rodríguez por la idea unívoca y su rechazo a los variados signos o síntomas que la designan, me interesa resaltar de esta escena de la resucitación la manera en que las palabras encarnan la vida y la muerte. Los signos se entrelazan y sus abirragados cruces recuerdan los tumultos mercantiles de las ciudades contemporáneas. Además de los cuerpos amontonados, en las urbes se yuxtaponen copiosas señales publicitarias cuyos signos asumen la faz del difunto. En esta condición, la palabra es una imagen, un dibujo o grafía inanimada: “un cuerpo sin alma” (exclamaría Rodríguez).

El extrañamiento del castellano sería análogo a los signos inanimados que, presentes en su ausencia, son más bien residuales. La poesía busca esos residuos como perlas enigmáticas que, devaluados en su repetición, se acomodan en sus recintos mortuorios ¿Acaso pueden ser revividos según deseaba Rodríguez? Más allá de las prácticas redentoras que algunos de los escritores citados proponen, cabría realzar la palidez negra de las palabras (valga el contrasentido) y contagiarse con el fuera de lugar de su destierro. Extrañas como las cucarachas, las palabras operan desde su colorida negrura y asumen la corporalidad de la mancha. Las palabras tienen “color”, dirá Bello en su *Gramática*, ya que “los pensamientos se tiñen del color de los idiomas”(Prefacio).

Gráficas y pictóricas en su colorido, ellas nos invaden, nos “tiñen”, y terminan, como la cucaracha de Lispector, en nuestra boca. Se hacen acompañar, como realzó Rodríguez, por el movimiento aéreo de la gesticulación de las manos. Se dejan ver, además, en el contraste que las delata en su abundancia y contingencia en el blanco de la hoja de papel o bien en la espacialidad de cualquier nuevo formato de escritura.